



Reflexiones a 25 años de la caída del Muro de Berlín



Por Mariela Coudannes

Recuerdo que era 1989 y que la "caída" del Muro y el fin de la Guerra Fría no podía serme indiferente. En mi niñez, las películas de distribución yanqui me habían dejado una honda impresión y consecuente temor hacia una catástrofe nuclear que parecía inminente, o al menos eso hacía pensar la propaganda. El hongo atómico, el "botón rojo" que a toda costa se debía evitar presionar, eran imágenes habituales en las ficciones de aquellos días ampliamente reproducidas por la televisión. En esos años, también la música se hacía eco de los datos del contexto. Me gustaba escuchar a Sting que expresaba un punto humanista y pacifista que trascendía las ideologías en *Russians*. A la aparente "locura" de los líderes del mundo bipolar se oponía el más obvio sentido común ("solo espero que los rusos amen también a sus hijos") quizás por esa "costumbre" de reducir la explicación de los conflictos a las decisiones de líderes presuntamente irracionales. Había pocas posibilidades de conocer el punto de vista de los soviéticos.

Ese día de noviembre fue entonces un momento emocionante. Y lo fue porque una profesora de Sociales de tercer año de la secundaria se salió de programa para explicarnos lo que significaba el acontecimiento en el marco de un proceso. Valoré por siempre que fuera capaz de "meterse con el presente" y asumir el reto. Luego íbamos a corear inocentemente *Wind of change* (Viento de cambio) de la banda alemana Scorpions, el himno metalero a la hermandad universal que auguraba el triunfo de la ideología capitalista y sus promesas de libertad eterna. Ciertamente sonaba bien, imposible no adherir a la consigna.

Así como se esperaba que las "memorias lejanas" fueran "enterradas en el pasado para siempre", como decía la letra de los rockeros, un intelectual estadounidense Francis Fukuyama, funcional a los intereses conservadores, se ocupó de elaborar una teoría sobre el "fin de la historia" que profetizaba el fin de las ideologías y de los enfrentamientos mundiales. Más tarde, y ya como estudiante de la

antigua Facultad de Formación Docente en Ciencias, llegó a mis manos un librito del historiador socialista Josep Fontana dedicado a "quienes se interesan por el estudio de la historia y, muy en especial, a quienes se dedican a su enseñanza" con el objetivo de ayudar a "orientarse en un laberinto de un presente de confusión". Con el ánimo inicial de refutar a Fukuyama, pero con una mirada profundamente crítica a ciertas líneas del pensamiento marxista y su concreción, nos aportaba razones y argumentos para seguir pensando en nuestra disciplina como una herramienta válida en un mundo cambiante e incierto.

Hoy todo es diferente. Sting se inclina por las causas ecologistas y los Scorpions le cantan a los soldados que pelean en Medio Oriente. Fukuyama, al parecer, ya no piensa como en los noventa, ni la historiografía está en crisis aunque los historiadores no crean en la idea de progreso. Los restos del muro de la cosmopolita Berlín ya no son propiedad exclusiva de su contexto ni de su época sino un emblema de muchas otras barreras materiales y simbólicas que están por derribarse, y que generan nuevos debates y posicionamientos apasionados. Lo que no cambia es la posibilidad de asombrarse y preguntarse por lo que pasa en un mundo convulsionado, esa necesidad de entender que bien supo captar mi profesora cuando llegaban las primeras noticias de la "caída". Así como Fontana, sus colegas y sus discípulos, muchos sostenemos que conectar pasado, presente y futuro tiene sentido. La recomendación es "aprender a pensar el pasado en términos de encrucijadas a partir de las cuales eran posibles diversas opciones", "repensar la historia para analizar mejor el presente y plantearnos un nuevo futuro", aunque a más de veinte años de la expresión de este deseo tengamos pocas respuestas.